

Un mundo diferente

Michel Wieviorka

Existen expresiones o categorías que de un momento a otro se imponen y rápidamente tienden a desaparecer para dejar su lugar a otras nuevas. En las ciencias sociales de finales de los años 70 y la década de los 80 del siglo XX el mayor debate se organizó en torno a la noción de postmodernidad. Entonces se trataba de dar cuenta del ingreso de la humanidad en una nueva era y, por tanto, de reflexionar sobre un cambio histórico decisivo a nivel mundial, perceptible en la vida de las sociedades en las que se separaban la objetividad y la subjetividad, es decir, de un lado el universo de la economía, de los mercados, de la razón instrumental, de la ciencia y la tecnología, y del otro lado las identidades, las comunidades, la afirmación de la cultura. Las discusiones fueron fuertes entre quienes defendían el diagnóstico postmoderno, incluso convirtiéndose en apóstoles del postmodernismo y quienes prefirieron hablar de crisis de la modernidad o de un nuevo estadio de ésta, denominada, por ejemplo, modernidad tardía. Una consecuencia de estas discusiones se encuentra en la idea de “múltiples modernidades”, de modernidad “polimorfa”, cara a Schmuël Eisenstadt o Nilüfer Göle¹, idea que posee el merito de mostrar que en el mundo entero todos somos modernos aunque no sea posible reducir la modernidad a una sola modalidad, ni acceder a ella por *one best way*².

¹ GÖLE, NILUFER. Snapshots on Islamic modernities. *Daedalus*, Vol. 129, 1, 2000.

² N. del T. En inglés en el original.

Es evidente que el debate sobre la modernidad está lejos de haber sido agotado. No obstante, desde varios puntos de vista las preocupaciones de las ciencias sociales se han desplazado y la “mundialización”³ se ha convertido en el término emblemático de los años 90 del siglo XX, incluso hasta nuestros días.

1. La noción de globalización

Los primeros interrogantes surgen a partir del momento en que en las discusiones entre especialistas y la opinión pública se utilizaba el término. ¿Qué se debe entender por globalización?. ¿Es posible encontrar un acuerdo acerca de su definición?. ¿Se trata de un fenómeno radicalmente original y cuál es la dimensión de su reciente extensión?

La globalización aparece en primer término como un fenómeno económico y político que posee implicaciones sociales y culturales (tal parece que en Francia la temática, si no es que el término, fue utilizado inicialmente por el líder del partido político Frente Nacional, Jean Marie Le Pen). Para los más críticos la internacionalización de las finanzas y la apertura de mercados reposan sobre un liberalismo devastador y sin fronteras. La liberalización del comercio y de los flujos obra por encima de los Estados, e incluso sin estos y contra estos, debilitando su soberanía y causando consecuencias dramáticas desde el punto de vista social (aumento de las desigualdades) y culturalmente (subordinación de las culturas locales o nacionales a una cultura internacional bajo la hegemonía norteamericana; fragmentación cultural; tentaciones comunitaristas; integristas). En esta perspectiva la globalización tiene igualmente como efecto el reforzamiento de las diferencias entre el Norte y el Sur⁴. Para los simpatizantes de la globalización, por el contrario, esta aporta progreso, contribuye a la riqueza general, eleva el nivel de vida de la población y dinamiza la creatividad cultural. De manera adicional, ésta serviría no sólo a los países del Norte, si no sobre todo a los del Sur y se constituiría en una oportunidad para todos. La manera como se plantea el debate es “a favor o en contra de la globalización”, relanzado periódicamente, en particular, con ocasión de las grandes concentraciones “antiglobalización”⁵.

³ N. del T. En lengua francesa se acostumbra a designar como “mundialización” el proceso que habitualmente designamos en castellano como “globalización”. En lo que sigue se utilizará este último.

⁴ Uno de los trabajos más elocuentes al respecto es el de STIGLITZ, JOSEPH, *La grande desillusion*. Paris, Fayard, 2001.

⁵ COHEN, DANIEL. Que faire de l'antiglobalización. *Le monde*, 6 de septiembre de 2001, donde examina uno a uno los siete puntos principales de la argumentación presentada por Alain Minc a favor de la globalización y de Bernard Cassen que la ataca. La controversia se desarrolla en torno a los siguientes puntos: la reglamentación internacional de los mercados; el papel de los Estados del tercer mundo en la movilización contra la globalización; el impacto de la globalización sobre la autonomía alimentaria en países como la China y la India; los vínculos entre la globalización y las crisis financieras; el alcance de la

La novedad del fenómeno y su importancia histórica han sido debatidos de manera temprana. De esta forma se ha podido subrayar que las descripciones que se han propuesto retoman en muchos aspectos las temáticas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, en particular con los análisis de Rudolf Hilferding o de Rosa Luxemburgo. Algunas cifras muestran que la economía contemporánea no está más “globalizada” que lo que estuvo al inicio de la primera guerra mundial cuando los capitales circulaban sin restricción alguna, el patrón oro constituía la moneda mundial y las migraciones internacionales eran masivas. De otra parte, cuando las críticas a la globalización denuncian el papel de las firmas multinacionales, no se está muy lejos de los análisis de los años 60 y 70 inspirados en el marxismo y los análisis actuales no se alejan mucho de las amplias concepciones históricas de la “economía-mundo” también propuesta en los años 70 por Immanuel Wallerstein o Fernan Braudel⁶. No obstante, algunos analistas consideran que la globalización actual se ha desarrollado en muchos de sus aspectos a partir de la “revolución liberal” en los Estados Unidos en tiempos de la presidencia de Ronald Reagan y en Gran Bretaña en momentos de la primera ministra Margaret Thatcher, acompañado del desplome institucional del sistema económico después de la aplicación de las reformas de *Bretón Woods*.

La importancia y la extensión del fenómeno actual también son objeto de controversia. Algunos economistas rechazan las imágenes que muestran a un planeta convertido en un terreno dominado por las fuerzas del mercado. Éstos subrayan el hecho de que los intercambios económicos continúan realizándose de manera considerable al interior de espacios limitados, como ocurre por ejemplo en Europa si se trata de intercambios de un país como Francia, y ponen el acento en el papel que tienen diversas instancias de regulación, aunque esa función pueda parecer insuficiente⁷. A estas objeciones se les ha respondido que aunque la globalización no sea masiva, no por esto deja de constituirse en un fenómeno histórico inédito y decisivo.

De otra parte, la globalización presentada a menudo como un hecho que corresponde a las realidades de las grandes empresas y del capitalismo financiero, ¿no debe verse también desde la perspectiva de un abundante número de actores modestos que tejen una red de interacciones, esos pequeños comerciantes, esas “hormigas”, que recorren el mundo entero y que han sido estudiadas por autores

propuesta del impuesto Tobin (N. del T. Impuesto a las transacciones financieras); la legitimidad de las ONGs y la capacidad de los movimientos contestatarios para proponer contraproyectos.

⁶ WALLERSTEIN, I. *The modern world system*. BRAUDEL, FERNAND. *Le temps du monde*

⁷ Cf. COHEN, E. *La tentation hexagonale: la souveraineté à l'épreuve de la mondialisation*. Paris: Fayard, 1966 y *L'ordre économique mondial: essai sur les autorités de régulation*. Paris: Fayard, 2001.

como M. Peraldi o A. Tarrius?⁸ ¿La globalización no es ante todo un inmenso conjunto de interconexiones y de redes, al punto que se puede hablar, como dice M. Castells⁹, de una sociedad de redes?, o ¿considerar que se ha creado una especie de sociedad sin fronteras¹⁰, conformada por redes y organizaciones *grassroots*¹¹ interconectadas, algo semejante a una “aldea global”? Precisiones de este tipo nos aleja de manera considerable de los enfoques que creen ver en la globalización el triunfo del capitalismo financiero sin fronteras y pone su interés en otros aspectos de este proceso, a tal punto que se pone al descubierto que con la palabra “globalización” se puede convertir en una especie de desván donde cabe cualquier cosa y, a la postre, se convierte en una ideología, tanto para criticarla como para elogiarla.

Tenemos que resolver importantes interrogante en torno a la globalización. Por ejemplo, ¿hasta qué punto ese proceso pone en duda a los Estados y a su soberanía en cuanto a su capacidad de adelantar políticas económicas?; ¿se puede aceptar la idea de un impacto multidireccional sobre la cultura, de una parte fomentando su fragmentación y, de otra parte, fomentando la uniformización de las culturas debido al impacto de las industrias culturales en el campo de la comunicación y del consumo, que de forma paradójica lleva a un cierto dinamismo, aumento de la creatividad y a la diversificación de las que el exdirector del grupo de comunicaciones *Vivendi*, Jean-Marie Messier, se ufana en el periódico *Le monde* (en el verano del año 2001), confirmando a su manera los análisis de N. Klein que mostraban como la diversidad cultural puede ser fuente de ganancias para las grandes marcas comerciales¹²?; ¿es indispensable aceptar la imagen de un mundo en el que algunas grandes civilizaciones van a chocar entre sí, tal como lo plantea el principal vocero de esta interpretación, S. Huntington, en su famoso libro?¹³; ¿es necesario considerar que los fenómenos culturales que suscita o exagera la globalización son ante todo elementos internos de nuestras sociedades al seno de las cuales las identidades se confrontan, al mismo tiempo que entran en procesos de hibridación y se fecundan mutuamente en gigantescos procesos de fusión¹⁴?; ¿debe pensarse que la globalización contribuye, en

⁸ PERALDI, MICHEL. (ed.) *Cabas et container*. Paris, Maisonneuve, 2001; Tarrius, Alain. *La mondialisation par le bas*. Paris, Balland, 2002.

⁹ CASTELLS, MANUEL. *L'ère de l'information*, I. Paris: Fayard, 1998. (Existe versión en castellano).

¹⁰ Estos movimientos se asocian habitualmente al nacimiento de una sociedad civil internacional cf. RUANO-BORBALAN, JEAN-CLAUDE. La société civile mondiale: mythes et réalités. *Sciences Humaines*, No. 130, 2002. Pouligny, Béatrice. Une société civile internationale. *Critique internationale* No. 13, 2001.

¹¹ N. del T. En inglés en el original.

¹² KLEIN, NAOMI. *No logo*. Londres, Flamingo, 2000.

¹³ HUNTINGTON, SAMUEL. *Le choc des civilisations*. Paris, Odile Jacob, 1997 (N. del T. Existe versión en castellano).

¹⁴ Cf. Por ejemplo, Pieterse, Jan. *Globalisation as hybridization*. En: FEATHERSTONE, M. et al. (eds) *Global modernities*. Londres: Sage, 1995.

conjunto, a una mejoría del nivel de vida social, o por el contrario, acusarla de desastres considerables al interior de cada sociedad, más agudo en el caso de los países del hemisferio sur?

Si se sigue la argumentación de R. Sennet¹⁵, por ejemplo, se debe estar atento a la manera cómo el capitalismo flexible de la globalización pesa sobre la vida de los trabajadores, e incluso sobre su personalidad suscitando conflictos entre lo que valoriza el salario en la empresa globalizada, respecto de su vida familiar. No obstante, las nuevas formas de trabajo y de empleo pueden también constituir un adelanto para porciones importantes del mundo laboral. De igual forma, se puede acusar a la globalización de excluir los países pobres de la vida económica moderna y de profundizar la brecha entre el Norte y el Sur, o de reforzar la indiferencia cuando se trata de los dramas que ocurren en África; al mismo tiempo se puede señalar, por el contrario, que ésta aporta los frutos del progreso científico y técnico al mundo entero, por ejemplo cuando se trata de los asuntos alimentarios.

La formulación de los anteriores interrogantes y de muchos otros que se podrían formular, nos lleva necesariamente a tomar partido, a decidirnos de forma mas o menos clara a favor o en contra de la globalización. Una alternativa de ese tipo no esta exenta de problemas. En efecto, supone la idea de que es posible pensarla como un fenómeno complejo, por supuesto, aunque relativamente bien delimitado, con su propia coherencia, sus actores bien definidos y sus procesos claramente identificados. Ahora bien, entre más se desarrolla una reflexión seria, más se nos desliza entre las manos la noción de globalización, hasta convertirse en una representación totalizante, como lo señala A. Touraine: (todo) “un conjunto de tendencias, todas ellas importantes aunque poco vinculadas unas de otras... La afirmación de que se ha creado una sociedad mundial, de esencia liberal, dirigida por el mercado e impermeable a las intervenciones políticas nacionales, es completamente ideológica”¹⁶.

En consecuencia, el debate corre el riesgo de reducirse a una polémica en la que la globalización se convierte en un mecanismo abstracto, que unos lo asimilan al bien supremo y otros a todo lo malo que pueda ocurrir. Llevada al extremo esa noción corre el riesgo de ser autosuficiente, al limite que basta pronunciarla para indicar que se dispone de una poderosa herramienta para comprender el mundo.

Las ciencias sociales, y la Sociología en primer lugar, tienen mucho que ganar si se apartan de las controversias que se ubican en un terreno ideológico. Estas disciplinas

¹⁵ SENNET, RICHARD. *The corrosion of character. The personal consequences of work in the new capitalism.* New York, London, Norton and Co., 1998.

¹⁶ TOURAINE, ALAIN. *¿Cómo salir del liberalismo? Comment sortir des liberalisme.* Paris, Fayard, 1999 (N. del T. Existe versión en castellano).

no podrían permanecer insensibles a las protestas que, de una manera u otra, cuestionan la globalización y señalan una problemática que atañe al nivel planetario, tanto como a nivel local, regional o nacional. Si la globalización invita a entrar en intensas y útiles discusiones se debe a que se ha convertido en el objeto de numerosas e importantes luchas que aun es difícil denominar de forma satisfactoria: estas han sido denominadas como “antiglobalización”, o acciones a favor de otra forma de globalización, o “contra la liberalización neoliberal” y más recientemente se habla de “altermundialistas”, en tanto que los sociólogos que se expresan en una lengua diferente del francés habla de movimientos “globales”.

Una cosa es pensar acerca de esas luchas, reflexionar en torno de lo que cuestionan. Dar cuenta de la globalización, es otra cosa. Digamos con toda claridad que no se da cuenta de una por la otra; no de dará cuenta de los actores por la descripción del sistema al que pertenecen. ¿Quién se hubiera sentido satisfecho antaño de explicar el movimiento obrero por el capitalismo? La reflexión sobre los movimientos “globales” debe evitar quedarse anclado en los debates sobre la globalización y ocuparse preferencialmente sobre la conciencia de los actores que se enfrentan en esos procesos, debe interrogarse sobre el sentido de su acción, sobre sus orientaciones, sobre las relaciones sociales y políticas en las que se constituyen y actúan, pero ante todo de esas relaciones que los actores construyen y transforman de manera continúa.

2. Un espacio para la acción

¿Dónde comienza y donde termina el espacio de las luchas en cuestión? Algunos actores manifiestan que se oponen a la globalización, en tanto que otros piden otra forma de hacerla, una forma que no sea liberal, y otros más se ubican en el centro de la globalización liberal, no para cuestionar sus bases, sino para criticar uno u otro de sus protagonistas.

De otra parte ¿cuál es la movilización que a la hora actual no tiene el merito de ubicarse bajo alguna de esas consignas? La gran huelga de noviembre y diciembre de 1995 en Francia ha sido ha menudo considerada como una lucha contra el neoliberalismo y la globalización. Ahora bien, por lo sustancial, esa movilización se opuso a una reforma que buscaba poner la seguridad social bajo el dominio del parlamento, y obtuvo su fortaleza del rechazo a las medidas concernientes a las pensiones complementarias de los salarios protegidos (en particular aquellas de los transportes públicos); en síntesis se puso en confrontación al Estado con los trabajadores del servicio ferroviario (SNCF) y del transporte urbano (RATP)¹⁷.

¹⁷ Cf. TOURAINE, ALAIN et al *Le grand refus*. Paris, Fayard, 1996.

¿Es necesario que un actor participe en las grandes manifestaciones de Seattle o de Génova para que sea considerado “antiglobalización”? y si no es así, ¿cuál debe ser el criterio para considerarlo como tal?. La dificultad es aun más grande si el contexto clásico de las luchas sociales, es decir el contexto nacional, se ve desbordado a menudo por estas luchas; de otra parte existen movilizaciones que podrían ser a la vez locales e internacionales, como por ejemplo en el caso de los conflictos originados por el anuncio del cierre de la fábrica de automóviles Renault en la ciudad belga de Vilvorde, medida que se inscribía en una estrategia internacional de esa fábrica de automóviles y que no ha originado una reacción social en términos de antiglobalización.

La idea según la cual aquello que caracteriza por excelencia los movimientos de “alterglobalización” se debe a sus dimensiones transnacionales de la acción de protesta resulta en realidad frágil. La existencia de lazos internacionales entre los actores que se construye por lo general en los contextos nacionales se confirma muy temprano en la historia del movimiento obrero en el siglo XIX, o en el movimiento de las mujeres en el periodo comprendido entre las dos guerras mundiales. Por su parte, los “nuevos movimientos sociales” de los años 70 del siglo XX, comenzando por el movimiento antinuclear, se desarrollaron con una potencial capacidad para internacionalizarse. Esto es así debido a la capacidad de los actores para funcionar en redes, conectándose y desconectándose cuando a bien lo tengan, característica novedosa que hace que su acción sea una práctica realmente “global”, eventualmente capaz de articular simultáneamente la movilización local y sus instancias regionales, nacionales e internacionales. Los movimientos de “alterglobalización” saben utilizar los recursos de las tecnologías más modernas, no solamente en el terreno de las comunicaciones, lo que no les impide expresar las emociones y los sentimientos de los sujetos individuales. ¿La manifestación de Seattle no fue, como lo afirma P. Ceri “el primer movimiento internet”..., la primera gran manifestación *on line*”¹⁸; algo semejante se puede decir del movimiento zapatista, que en ese sentido podría tener el mérito de haber sido el primero en este género.

En una primera aproximación es posible distinguir tres tipos de combates, analíticamente diferentes aunque en la práctica se vinculen entre sí:

- **La acción de organizaciones**, algunas de las cuales son especialistas en un campo particular, como por ejemplo en el campo de los derechos humanos Amnistía internacional, *Survival international*, *Human rights watch*, o en el caso del medio ambiente la *Worldwide fund for nature* y *Greenpeace*; existen otras organizaciones de carácter general o incluso políticas o ideológicas, como por ejemplo ATTAC, nacida en Francia y que son denominadas a menudo como INGO (*International non*

¹⁸ CERI, PAOLO. *Movimenti globali. La protesta nel XXI secolo*. Rome, Laterza, 2002, pág. 14.

gouvernemental organizations). Su campo de acción es planetario y supuestamente sus miembros provienen igualmente de diversas partes del mundo. Algunas de estas organizaciones, como es el caso de ATTAC, critican severamente la globalización neoliberal, en tanto que otras sostienen combates tan “globales” que a la postre contribuyen, como otros actores de la globalización, a abrir el mundo y a debilitar los Estados y las naciones, bien sea que se trate de invocar el derecho a la ingerencia, o los Derechos del hombre o a los asuntos ecológicos de la preservación el medio ambiente.

- **Las movilizaciones** con motivo de un evento determinado, a la manera de las grandes concentraciones de Seattle, Porto Alegre, Genova, Niza, etc. P. Ceri señala que en Seattle, con motivo de la cumbre de la Organización Internacional del Comercio, en diciembre de 1999, estuvieron cerca de 350 asociaciones representadas, en tanto que en Génova, para protestar contra la cumbre de las grandes potencias, o G8, se presentaron el doble de ese número. De este conjunto se destaca su enorme heterogeneidad lo que no le impide estimar a Ceri que “en lugar de ser un rasgo de debilidad, la insólita diversidad constituye un rasgo de su fortaleza” para los propósitos de la protesta en su conjunto¹⁹.
- **Las campañas**, definidas por un tema o un problema preciso o una confrontación respecto de un actor claramente identificado, por ejemplo, contra una firma petrolera responsable de una catástrofe ambientalista; contra la deforestación en Malasia, imputada entre otras a la firma Mitsubishi o a los almacenes *Do-it-yourself*; en otro caso contra la *Union Carbide* en lo relacionado con la catástrofe de Bhopal (India); para que sea revisado un tratado internacional; para que cese la pesca de ballenas; contra las minas antipersonales, etc.

Esta clasificación no nos dice si es necesario tener una visión más estrecha o más amplia del conjunto de estas luchas y, al respecto, dejaremos ese interrogante abierto²⁰. Puede ocurrir que un actor identificado como muy “local” puede sostener combates de una amplitud planetaria, en tanto que algunos actores que se ubican en un contexto mundial no cuestionan en forma alguna a la globalización. Por ejemplo, ¿puede hablarse de una lucha antiglobalización cuando en junio de 1995 una manifestación de campesinos e indígenas mexicanos provenientes del Estado de Tabasco se deciden a ir a la residencia del presidente Ernesto Zedillo

¹⁹ Los artículos de CHARNOVITZ, STEVE. Les ONG: deux siècles de mobilisation. *L'Économie politique*, No, 13, 2002 y de Brunel, Sylvie. ONG et mobilisation. CAHIER FRANCAIS, No. 305, 2001, presentan las relaciones existentes entre ONGs y globalización, así como su evolución.

²⁰ Varios trabajos recientes han intentado presentar la “nebulosa” de las luchas antiglobalización. Cf. En francés LOSSON, CHRISTIAN. Y QUINIO, PAUL. *Generation Seattle: les rebelles et la mondialisation*. Paris, Grasset, 2002; SOMMIER, ISABELLE, *Les nouveaux mouvements contestataires a l'heure de la mondialisation*. Paris, Flammarion, 2001.

para demandar “democracia, libertad y justicia social” y, en el momento de pasar frente a la bolsa de valores deciden, en forma intempestiva, convertirla en objetivo de su protesta y la ocupan durante dos horas, explicando que allí se encontraba el más claro ejemplo de las actividades que han hecho sucumbir México y a su pueblo? En efecto, las luchas que nos interesan aquí articulan habitualmente los niveles local, regional, nacional e internacional. En algunos casos un actor que se mueve en un espacio estrecho, por ejemplo a nivel local, puede dirigir su acción hacia una firma multinacional; una protesta inscrita en el contexto nacional puede poner en cuestionamiento al FMI o al Banco Mundial, por ejemplo, bajo la forma de una movilización social, o por medio de huelgas, o de protestas populares, como ocurrió en Argentina en el año 2001.

Para analizar las luchas altermundialistas no es suficiente prolongar el razonamiento espontáneo que propone estar “en contra” o “a favor” de la globalización, lo que nos conduce a juzgar a los actores en función de sus posiciones económicas, políticas e ideológicas, así como a apoyar a unos, o a combatir a otros, de acuerdo al campo que se haya escogido previamente. Una actitud de ese tipo nos conduce en realidad a utilizar los argumentos que se utilizan a menudo en el debate sobre la globalización: los partidarios de la “globalización feliz” o bien tiene el cuero duro, o bien se muestran ligeramente condescendientes respecto de los actores de las luchas que dicen combatir la globalización; de manera inversa aquellos que la critican tienen la tendencia a tomar sus posiciones sin la suficiente distancia analítica, rasgo que por lo demás los caracteriza.

Para superar rápidamente una oposición estéril no basta con elaborar la lista de los argumentos de los dos campos, para luego examinarlos con una cierta distancia, pues un enfoque de ese tipo, incluso si es hecho de una forma seria, no puede conducir más que a una imagen ambigua de las confrontaciones mencionadas y conduce también a proponer diagnósticos engañosos. En efecto, es tan fácil mostrar que, de un lado, esas luchas contienen toda suerte de esperanzas y denuncian importantes formas de dominación, algunas de las cuales están relativamente delimitadas (por ejemplo, el poder de las multinacionales farmacéuticas), lo que nos conduce a lo que P. Ceri denomina en su libro “la verticalidad” de la globalización²¹; o bien que esas luchas pueden definir algunos desafíos de dimensión universal, como por ejemplo en materia de medio ambiente; de otra parte esas mismas luchas son susceptibles de promover intereses particulares, por ejemplo los de los campesinos amenazados económicamente, o de aliarse con los peores formas de nacionalismo, o en última instancia, fusionar orientaciones e intereses heterogéneos sin ninguna unidad posible que la de una posición de rechazo romántico o violento del “sistema”.

²¹ CERI, P. Op. cit.

Luego de establecer un balance de ese tipo será muy difícil avanzar, razón por la cual es preferible fundamentar otra opción. Si en la práctica las luchas “globales” parecen ambivalentes o contradictorias, se debe a que en ellas se mezclan toda suerte de actores y, más profundamente, toda suerte de significaciones. La tarea del sociólogo es, en un primer momento, separar analíticamente lo que la práctica concreta fusiona, hacer aparecer las diferentes significaciones de la acción, los diferentes niveles en los que se sitúa. Resulta útil establecer, por ejemplo, una jerarquía de estas significaciones, según si corresponden a la defensa de los intereses privados precisos y delimitados, bien sea para ejercer una presión política, institucional, para obtener cambios negociados, o que en ellas mismas contengan un cuestionamiento fundamental. Un enfoque de este tipo puede permitir la ubicación de unas luchas respecto de otras, de acuerdo al tipo de organización de la lucha colectiva; por ejemplo respecto de las diversas ONGs que participan en esas luchas algunas ponen en vigor orientaciones universales de la vida colectiva, en una escala planetaria, en tanto que otras corresponden sobre todo a intereses precisos, de tipo económico, o político, algunas veces de manera perversa, como cuando una ONG no es nada más que un engendro de un Estado, o como suele denominarse en el argot de los militantes, una ONG-GO.

Esta perspectiva analítica puede ser completada, o mejor, fundamentada por una hipótesis histórica que entiende en esos combates un conjunto naciente de protestas susceptibles de tener una importancia considerable en el mundo de mañana, tanto o más de lo que significó el movimiento obrero en la era industrial.

¿A qué tipo de condiciones, las luchas que nos interesan aquí pueden constituirse a un alto nivel como un proyecto, llevando su acción a un nivel global, inscribiéndose eventualmente en combates que se desarrollan a un nivel local, aunque actuando de manera global?. O incluso ¿cómo pueden estas luchas pensar su lucha a un nivel local, actuando de manera global?. Formular ese tipo de interrogantes significa conceder a esas luchas una enorme importancia, significa considerar que más allá de sus límites actuales y de sus contradicciones, de sus tendencias a amalgamar toda suerte de significaciones incoherentes, algunas de las cuales son muy poco brillantes, y se debaten entre el corporativismo y el nacionalismo, por ejemplo, esas luchas portan en sí, de manera virtual, una carga de conflictualidad que prefigura o prepara los grandes movimientos sociales del futuro inmediato. Intentar responder a esos interrogantes significa dotarse de los medios para responder a esta virtualidad y llevarla lo más lejos que se pueda.

Dos tipos de razonamientos diferentes, aunque no contradictorios, pueden conducir este propósito. El primero examina las luchas “altermundialistas” a la luz de sus significaciones, reales o virtuales, que las podrían aproximar a un “movimiento social”. El segundo consiste en privilegiar la dimensión política e histórica de su acción. Estas son pues las dos vías que se trata de explorar ahora y que constituyen

dos hipótesis de trabajo. Tienen en común la búsqueda de lo que puede ser mas significativo en esas luchas, pero provienen de dos fuentes sociológicas distintas, puesto que una las ubica en el contexto de los movimientos sociales, en tanto que la otra las considera como parte de los movimientos históricos.

3. La hipótesis de movimiento social

¿En qué medida la acción “altermundialista” pertenece a la familia de los movimientos sociales?

Tres concepciones de movimiento social

Para trabajar con esta hipótesis se requiere un panorama histórico. Lo más sencillo es entonces partir de los debates de los años 60 y 70 del siglo XX en torno de la noción de movimiento social y de tres definiciones posibles que surgen de allí.

Para diversas concepciones de tipo funcionalista, vigentes durante los años 50 del siglo XX, el movimiento social es una acción colectiva que surge de una crisis y anunciando cambios profundos en un sistema. Constituye una respuesta a las modificaciones relativas o absolutas de las situación de las personas y de los grupos que actúan por medio de la lucha. En esta primera perspectiva, la teoría sociológica se completa eventualmente por una explicación psicológica que insista sobre la noción de frustración relativa, en donde la acción aparece entonces como la expresión de esa frustración. Precisemos que el marxismo se ha podido comprometer con este tipo de enfoque, en particular cuando se explica el movimiento obrero y sus luchas por las contradicciones crecientes del sistema capitalista.

Una segunda orientación surge después de los años 60, en particular con el historiador y sociólogo Ch. Tilly, que ve en el movimiento social una conducta estratégica, instrumental, en la que el actor moviliza medios, incluyendo en estos a la violencia, para obtener sus fines. En esta perspectiva la acción es racional y corresponde a los intereses del actor, que es considerado como un actor colectivo, lo que permite distinguir este tipo de teorías de las denominadas teorías de la “movilización de recursos”, y de enfoques utilitaristas que explican la acción por los intereses individuales de sus componentes, pero evitan explicar la transición de los intereses individuales a las luchas colectivas y las paradojas o efectos perversos de una tal transición. Las investigaciones que se fundamentan en la “movilización de recursos” insisten sobre el carácter conflictivo de la acción, que no es concebida como una conducta de crisis, sino que, por el contrario, se entiende como un pensamiento calculado y meditado. Añadamos que estos enfoques se interesan por lo esencial en el nivel político en el que funcionan los actores, estableciendo, por ejemplo, por qué se esfuerzan los actores en penetrar en el sistema institucional, o de mantenerse en él.

Por último, para A. Touraine, desde los años 60, los movimientos sociales constituyen una significación particular de la acción colectiva, en la que el actor se compromete en un conflicto y no en conductas de crisis; este autor adopta un punto de vista sociológico más elevado que el de los teóricos de la “movilización de recursos”, por cuanto considera que el movimiento social enfrenta a un adversario social por el dominio de las principales orientaciones de la vida colectiva, que es lo que Touraine denomina historicidad.

Si retenemos esta última opción, tal como es nuestro caso aquí, es posible señalar qué dimensiones de alcance general están eventualmente presentes en las luchas contra la globalización liberal. Estas dimensiones no corresponden a lo que el primer enfoque antes anotado comprendería como reacciones al cambio o conductas de crisis, aunque ese tipo de reacciones puedan existir; tampoco se asimilara la acción colectiva a cálculos o estrategias destinadas a mejorar para el actor la relación entre contribución y retribución, o a reforzar su influencia política, aun si esos cálculos y esas estrategias pueden estar presentes en un momento determinado. Los movimientos sociales serán considerados como luchas que buscan una posición contestataria para fundamentar un contraproyecto, es decir, otra concepción de lo que podrían ser las formas principales de la vida colectiva, oponiéndose de una manera que puede ser incluso defensiva a la manera en que la globalización es actualmente dirigida.

Tres estados de movimiento social

El movimiento social, en el sentido expresado antes, es una categoría sociológicamente “pura”, es decir, un significado de la acción aislado de otros, por medio de una operación analítica, teórica, de la que es posible encontrar múltiples variaciones en la práctica. En algunos casos concretos, en algunos momentos de un proceso, el movimiento social es muy evidente, bien formado y relativamente visible; en otros casos parece poco presente y débil; en otros casos su presencia parece extraña, aunque el discurso de los actores parece representarlo, encarnarlo. Por esta razón es necesario distinguir analíticamente entre tres estados posibles: aquel en el que el movimiento está claramente constituido, aquel en el que está más o menos desestructurado y, finalmente, aquel en el que se convierte en su contrario para formar un anti-movimiento social.

Un movimiento social constituido presenta dos facetas articuladas. Una es ofensiva y lleva en sí un contraproyecto, o incluso una utopía y está en condiciones de proponer una identidad positiva, por ejemplo, en el caso del movimiento obrero la imagen de los obreros produciendo la riqueza que la sociedad requiere. En este caso el actor es ante todo un negociador, capaz de apoyarse sobre su identidad para entrar en discusiones con sus asociados y adversarios. La segunda faceta es defensiva,

popular, preocupada al extremo por evitar la destrucción de una entidad social amenazada o destruida por las condiciones en las que debe oponerse a su adversario. En este caso oscila con frecuencia entre la apatía y la ruptura violenta, sin mostrar una gran capacidad para ubicarse en el espacio de las negociaciones. Es el caso, por ejemplo, del movimiento obrero cuando actúa por medio de maniobras de fuerza. En la historia del movimiento obrero estas dos facetas se han fusionado para formar un gran movimiento social, bajo el impacto de la organización científica del trabajo, en las industrias taylorizadas²².

La desestructuración de un movimiento social corresponde a la disociación de las dos facetas que señalamos antes, así como a la incapacidad de los actores a detener las lógicas centrífugas que entonces ganan terreno. Este proceso es especialmente visible en las coyunturas de crisis del movimiento, pero también muy especialmente en las fases de nacimiento o de decadencia histórica. La experiencia del movimiento obrero muestra que la lucha se difumina cuando el actor no está en capacidad de poner verdaderamente en cuestionamiento las principales orientaciones de la vida colectiva. Algunos segmentos se comprometen entonces en una institucionalización precoz, o de manera más radical, adopta una posición co-gestionaria y no conflictiva; en otros casos se privilegia la acción eminentemente política, o se mantiene estancado el movimiento, dando como consecuencia formas de violencia social que impide cualquier negociación, o bien pueden presentarse algunos grupos que negocian pero en su propio beneficio en función de sus intereses gremiales o corporativistas.

La descomposición de un movimiento social decadente, o las dificultades de integración de un movimiento en gestación pueden no detenerse allí y conducir a la formación de una anti-movimiento. Este convierte al actor en un Partido-Estado totalitario, o una secta o un grupo terrorista, que destruye en vez de buscar imponer su propia visión de la historicidad por medio del conflicto. En ese caso no existe ni antiproyecto, ni utopía, sino un llamado al más allá, lo que coloca a la religión o a la ideología en el centro de todo anti-movimiento. Tampoco existe en estos casos un adversario, sino una exterioridad de la que se está distante, a la que se prefiere ser indiferente, o bien se considera que existe uno o varios enemigos a los que se oponen no por medio de una relación conflictiva, sino en una guerra sin tregua. La lógica de la guerra en este caso no es tanto la prolongación de la política por otros medios, según la fórmula clásica de Clausewitz, sino el triunfo del absoluto, o del todo o nada.

Ahora si podemos formular lo que podría ser un enfoque de las luchas “altermundialistas” en términos de movimientos sociales. En una primera

²² TOURAINE, ALIAN et al. *Le mouvement ouvrier*. Paris, Fayard, 1984.

aproximación esas luchas nacientes parecen ubicarse en el nivel de los movimientos de débil estructuración, más que a cualquier otra etapa de desarrollo. No obstante estos movimientos son también susceptibles de transformarse para pasar al terrible estadio de los anti-movimientos del terrorismo internacional contemporáneo, o al nivel de algunas sectas como la *Aum* en Japón²³, que han mostrado acciones espectaculares. En un sentido opuesto ¿cómo pueden estos movimientos afirmarse cada vez más claramente como un movimiento social plenamente constituido?

4. La experiencia obrera

No existe ninguna razón para concebir el mundo de mañana como si obligatoriamente debiera tener la misma estructura del de antaño; no es serio plantear que las sociedades post-industriales se organizan de la misma manera que las sociedades industriales, alrededor de un conflicto central del mismo tipo, en el que un movimiento social juega el mismo rol que en el pasado tuvo el movimiento obrero, haciendo oposición a los nuevos dueños de la vida social, de alguna forma herederos de los dueños del trabajo de antes. Uno de los argumentos más fuertes de los pensadores de la post-modernidad fue la necesidad de terminar con los grandes metarrelatos, de los que el movimiento obrero y el movimiento social que constituyó es uno de los principales. Por el contrario para reflexionar sobre nuestras sociedades contemporáneas es útil considerar como al inicio de la era industrial se fueron conformando un conjunto heterogéneo de luchas que dieron lugar en varios países a la formación de un gran movimiento social, el movimiento obrero.

Desde finales del siglo XVIII en Gran Bretaña y luego en otras sociedades europeas, el nacimiento del movimiento obrero pasó por luchas en las que la unidad e incluso la coherencia eran muy problemáticas. Por ejemplo, ¿qué tuvieron de común los destructores de máquinas, los “luditas”, y otras conductas que se oponían a la industrialización a nombre de la defensa del trabajo artesanal o preindustrial²⁴; las huelgas obreras en las industrias que cuestionaron la explotación de los trabajadores, aunque no cuestionaran las industrias mismas; las reflexiones de los primeros pensadores socialistas; las tentativas para desarrollar los primeros sindicatos; la invención de las mutuales y cooperativas; el surgimiento de fuerzas políticas que comienzan a reivindicarse como parte del movimiento obrero; las grandes investigaciones y las campañas de denuncia de las condiciones de trabajo y de existencia del proletariado urbano, etc? Será necesario esperar al final del siglo XIX para que se imponga la imagen de un movimiento capaz de pensarse como tal, de una manera integrada y relativamente unitaria.

²³ TRINH, SYLVAIN. AUM SHINRIKYO: secte et violence. *Culture et conflicts*, número special: Un nouveau paradigme de la violence, janv. 1998, 229-290.

²⁴ Cf. Los trabajos clásicos de E. HOBSBAWN, y de E. P. THOMPSON, acerca de este complejo y controvertido tema.

Aquí tenemos una vasta fuente de reflexiones para quienes se interesen en las luchas “altermundialistas”. Las primeras movilizaciones en los albores de la era industrial han puesto en movimiento a un conjunto de actores, entre los que se encontraban quienes se resistían a entrar en una nueva era, mientras que otros intentaron instalarse en ella cuestionando a quienes la dirigían y se apropiaban de sus frutos, aunque sin cuestionar a la industria en sí misma. De igual forma los actores hostiles a la globalización conjugan de múltiples formas el rechazo, al mismo tiempo que el reconocimiento, del carácter global de la economía actual, con lo que se introduce un principio de diferenciación en el seno de sus luchas.

En efecto, unos se oponen a la globalización de manera tal que, de una parte, pueden verse conducidos a favorecer el fortalecimiento de los Estados pidiendo que desarrolle políticas económicas y culturales para hacer frente a las fuerzas de la economía globalizada, en tanto que, de otro lado, ponen en primer término la identidad nacional como principal forma de resistencia cultural a esas mismas fuerzas. De esta forma encontramos en el contexto de luchas contra la globalización a figuras bien reconocidas del nacionalismo y de la soberanía de los Estados y se puede encontrar algunos componentes de esas luchas en Europa y en Francia particularmente, que muestran la clásica conjunción entre comunismo (o izquierdismo) y nacionalismo. Otro tipo de luchas rechazan las consecuencias de la globalización y se constituyen en figuras de la protesta en un mundo globalizado, del que consideran que siguen una orientación diferente de su funcionamiento, que conduce a sus actores a desarrollar una acción internacional, coordinar movilizaciones locales o nacionales, y a entrar plenamente en el universo de la información. Una misma lucha, una misma organización, un mismo individuo, pueden ser susceptibles de registrar esas dos tendencias y de vivir su confrontación en su seno.

El movimiento obrero no se construyó hasta que se reconoció plenamente como el actor estructural de las sociedades industriales, valorizando la ciencia, el progreso y el desarrollo de la producción y apartándose de las conductas hostiles contra la industria propiamente dicha. En igual forma, una condición que podría ser indispensable para hacer de las luchas “altermundialistas” una figura central del futuro es que se sepan alejar del nacionalismo, del soberanismo y, en forma más amplia, de todo aquello que se constituya en rechazo puro y simple, para participar en un planeta global, o globalizado, para no prohibirse ejercer su influencia desde el interior de ese proceso social. Este es un problema que parece ser bien interpretado por los militantes de un movimiento como ATTAC, porque, como lo indica G. Pleyers en su revista electrónica, se encuentran consignas tales como “¡Viva la globalización!” y cree poder afirmar que “después de Porto Alegre, nadie habla de este movimiento en términos de antiglobalización”²⁵. La conciencia del movimiento es antiliberal, al mismo tiempo que es mundial.

²⁵ PLEYERS, GEOFFREY. *L'esprit de Porto Alegre, un mouvement contestataire dans la société informationnelle*. Memoire inedite de DEA. Paris, EHESS, 2001, pág. 29.

Para los actores de la “altermundialización” su desafío es cada vez menos entendido como acabar con la globalización, para entenderlo en términos de intervenir en su definición, señalar la forma en que desean que ésta evolucione y establecer cuál es su compromiso en ese sentido. Esto significa que no se tiene un sentido de fatalidad y que se piensa que es posible diseñar el destino del planeta, que es posible participar en ese proceso, bien sea por medio de presiones institucionales y políticas a diferentes niveles, o bien por medio de movilizaciones espectaculares, o campañas y grandes movilizaciones, tanto como por una acción que se desarrolle en la vida cotidiana.

5. El nuevo problema social

En los combates contra la globalización constantemente se encuentran elementos que provienen del sindicalismo, aun del más clásico, sumado a ideologías obreras, incluso obreristas, e incluso corporatismos representados por grupos socio-profesionales o categorías obreras. Entre los sectores más activos y más numerosos en las protestas de la cumbre de la OMC en diciembre de 1999 en Seattle, se encontraban los sindicatos norteamericanos. De otra parte, el líder del movimiento más conocido hoy en el mundo entero es José Bové, un dirigente del sindicato de agricultores franceses, que no cesa de promover los intereses de su sector (los productores de queso Roquefort). Pero la idea presente en la extrema izquierda, que cree ver en los combates contra la globalización la prolongación de las luchas obreras de antaño, incluso de la misma naturaleza, puesto que son luchas contra el capitalismo, se basa en un error fundamental. Esas luchas ponen su acento en forma acertada sobre las desigualdades sociales que refuerza el neoliberalismo, asociado a la globalización, pero continua a poner en primer rango de las víctimas una figura social de referencia, que no se diferencia mucho del proletariado explotado en las fábricas, esto es, del obrero dominado en virtud de las relaciones de producción, lo que conduce a pasar, en efecto, a un combate político a nombre de un sujeto social fantasmático. Es de esta forma que T. Negri y M. Hardt reemplazan en su reciente *best-seller*²⁶, el proletariado obrero por la figura de las “multitudes productivas”.

Ahora bien, en las sociedades contemporáneas la dominación directa que antes se llevaba a cabo en occidente por medio de las relaciones de producción industriales, por medio de la explotación de los trabajadores, tiende a diluirse, o al menos a perder su centralidad a favor de formas diversas y diversificadas, denominadas por D. Martuccelli²⁷ “dominaciones ordinarias”, perceptibles en todos los campos de la vida, tanto pública como privada. El “problemas social” de

²⁶ NEGRI, ANTONIO y HARDT, MICHAEL. *Empire*. Paris, Exil, 2000.

²⁷ MARTUCELLI, DANILO. *Dominations ordinaries*. Paris, Balland, 2001.

la actualidad pasa preferencialmente por al menos tres lógicas. La primera es la de la exclusión: el gran drama al interior de una sociedad como la nuestra, como para cualquier otro tipo de sociedad en los países del Sur, es no ser incluido por medio de relaciones clásicas de trabajo, o por medio de relaciones de tipo colonialista. Para quienes viven la exclusión significa mantenerse al margen, a ser considerados como “desechables”, a no ser incluidos en relaciones sociales, a no ser más dominados, puesto que toda relación social contiene relaciones de dominación.

Una segunda lógica de lo social, menos espectacular, aunque, no obstante, más profunda, es la alineación, indisociable del surgimiento del individualismo moderno. Desde ese punto de vista la alineación se refiere al hecho de que el individuo no es dueño de su destino y no está en posesión de las categorías que le permitirían pensar y asimilar su experiencia de vida. El individuo privado de participar de algún tipo de relación de dominación, y, por lo tanto, participe de una relación que puede adoptar un tono conflictivo, no es más que aquello que el sistema dispone y el sujeto interioriza. Es en referencia a este tipo de lógica que se construye lo mejor del pensamiento hipercrítico, que denuncia, por ejemplo con P. Bourdieu, la dominación masculina²⁸, que se convierte, desde su perspectiva, en una alineación que impide a las mujeres pensar que ellas existen y que se pueden movilizar contra esa dominación.

Por último, una tercera lógica, también indisociable del ascenso del individualismo moderno y de la cual es uno de sus aspectos constitutivos, es la que puede conducir, para decirlo en los términos de A. Ehrenberg, a la depresión, que corresponde a las demandas crecientes y cada vez más difíciles de satisfacer, para que cada uno produzca su propia individualidad, es decir, producir una subjetividad. La persona singular es aquí la única responsable de su existencia, de sus fracasos, de sus dificultades y no puede acusar a un adversario cualquiera, ni al sistema en su totalidad de no llegar a ser lo que quiere ser, de no hacer lo que quisiera hacer de su existencia. La alineación le impide pensar su propia situación y el individualismo mal vivido desemboca en los casos más dramáticos en la depresión, que puede ser entendida como una cierta lucidez exacerbada por la ausencia de relaciones sociales y de conflictos, por las dificultades a vivir en un contexto en el que los problemas de la persona y las relaciones interpersonales se convierten en centrales y particularmente difíciles a vivir.

En estas condiciones, un movimiento social debe ser capaz de conciliar un cuestionamiento general, en este caso planetario, con la toma en consideración de esperanzas, sufrimientos y dificultades personales; debe ser capaz de conciliar lo universal y lo particular, un poco como cuando Marx pudo decir del proletariado obrero que al quitarse sus cadenas, liberaría al mundo entero. Si la exclusión, la

²⁸ BOURDIEU, PIERRE. *La domination masculine*. Paris, Seuil, 1998. N. del T. Versión castellana: La dominación masculina.

alineación o el individualismo desgraciado están en el centro de los peores dramas sociales, entonces las luchas altermundialistas deben ocuparse de las esperanzas de quienes las padecen y de quienes se niega su subjetividad personal, maltratada o puesta duramente a prueba. La paradoja no es pequeña: estos combates que ponen en cuestionamiento el proceso, los mecanismos y las orientaciones sistémicas globales, deben, en efecto, en la perspectiva del movimiento social, proceder a construir la experiencia del sujeto, alejados del sistema y lo más próximos del sujeto mismo. La acción debe cubrir un amplio espacio porque se trata de articular la comprensión crítica del sistema en su conjunto, es decir, a nivel planetario, para ponerlo en cuestión con la movilización de las esperanzas o las necesidades más subjetivas y más personales. El reto no es sólo eliminar las formas de dominación, ni de hacerlas más aceptables, como lo ha propuesto N. Klein en *No logo* debido al hecho de que las modalidades extremas de explotación en los países emergentes pueden estar asociados a la producción de bienes destinados a las necesidades de los países más pobres. El reto es también permitir a cada uno construir su personalidad y ser dueño de su propia experiencia, dotarla de sentido, sin caer en el narcisismo o el egoísmo de los opulentos.

6. La hipótesis del movimiento histórico

La presencia o la ausencia de una temática propiamente social en una lucha o en una campaña contra la globalización no indica necesariamente la fuerza o la debilidad de la movilización, tal vez podría ser considerada como un indicio de su naturaleza. A medida que la movilización se asocia menos con una causa social, más puede ser de tipo político al poner en cuestionamiento las formas de toma de decisiones (económicas y políticas), en sus aspectos más sensibles y no sólo las relaciones entre actores sociales dominantes y actores dominados, sean estos considerados como víctimas o excluidos. Es necesario evitar el sociologismo sumario, que sólo buscaría las significaciones más elevadas de las luchas altermundialistas para ponerlas en referencia solamente a la hipótesis del movimiento social.

El retorno de lo político

¿Cuál ha sido el logro más espectacular de las manifestaciones de Seattle (diciembre de 1999) o de Porto Alegre I y II (primer Foro Mundial en enero de 2001 y enero de 2002)? Tal vez fue haber puesto fin a la arrogancia de las élites económicas que habían tomado la costumbre de reunirse en Davos (Suiza), aislados de la realidad, como si la economía neoliberal actuara por encima de los Estados y las naciones, como si, sobre todo, el primado de la economía sobre la política fuera indiscutible e incontestable. Los participantes en esas grandes manifestaciones han marcado a su manera el retorno de la política, obligando también a los organismos internacionales (FMI, Banco Mundial, etc.) a tomar en cuenta sus críticas, aunque estas fueran excesivas,

e imponiendo un tono de reflexión y discusión sobre temas hasta entonces poco discutidos o no tocados, como por ejemplo, la regulación internacional del comercio, la política del FMI, etc. De esta forma, agitando la ceremonia de apertura en Seattle o retardando la ceremonia de inauguración del *millenium round* los 50.000 manifestantes le han dado un tinte político a un evento que corría el gran riesgo de ser uno más y en muchos aspectos convertirse en un evento técnico o tecnocrático.

Entendida de esta manera, la acción colectiva en sus más elevadas significaciones no constituye un movimiento social sino un movimiento histórico, o, si se prefiere, un movimiento político. Desde esta perspectiva, que no está muy alejada de los enfoques llamados a menudo “neogramscianos”, dos dimensiones diferentes y complementarias deben ser tenidos en cuenta. La primera, que viene de ser anotada, hace del actor una figura que crea y recrea un espacio político, que impone la apertura de los debates, en particular aquellos referidos a los asuntos económicos. Esta figura está sometida a una tensión entre dos orientaciones, siempre susceptibles de coexistir, aunque también susceptibles de combatirse entre sí; una de esas tendencias es reformista, preocupada por crear o favorecer las condiciones del diálogo y del cambio negociado y la otra radical, preocupada en primer término de poner en evidencia el cierre o la arrogancia de los dueños de la economía y amparada en mayor o menor medida por ideologías de ruptura.

Una segunda dimensión de la acción histórica consiste no sólo en promover las condiciones del debate político, sino en instalarse en el campo político que se desarrolla o se amplía para defender reivindicaciones de tipo político, demandar soluciones precisas y exigir respuestas sobre determinados problemas. Es así que ATTAC, a menudo considerado como una punta de lanza de la protesta antiglobalización neoliberal, ha sugerido el “impuesto Tobin” como su caballo de batalla.

Las tentaciones de la violencia

La hipótesis del movimiento histórico, tanto como la del movimiento social, invita a una reflexión acerca de los diversos “estados” posibles de la acción, y en particular sobre los riesgos de la debilidad o incluso de la deformación del actor. Si la fuerza y la grandeza del movimiento alterglobalización, en tanto que movimiento histórico consiste en imponer el retorno de lo político allí donde se ejerce el dominio absoluto de la economía y si, concretamente, no ha cesado de “re-encantar” la política, en particular con la reafirmación del célebre momento de iniciación del movimiento zapatista en 1994, existe el riesgo de ver pervertido ese notable esfuerzo por la violencia²⁹, por una radicalización en la que el contenido

²⁹ POUPEAU, FRANK, In: La contestation de la mondialisation en France, *Année sociale*. Paris, 2002, pág. 89-90, trata sobre los debates acerca de la violencia y muestra un panorama de las diferentes reacciones luego de las manifestaciones en Génova.

político, cultural y social de la acción se clausura debido a conductas destructivas y autodestructivas. Esta inquietud puede reenviar, en relación a la violencia propiamente dicha, a comportamientos no democráticos o abiertamente anti-democráticos que de manera eventual pueden intentar ciertos grupos u organizaciones. También puede extenderse a modalidades extremas de la violencia, al terrorismo específicamente, como si este fuera susceptible de nacer en el seno mismo del movimiento y de las luchas concretas, lo que parece poco convincente³⁰.

Una evolución de ese tipo no depende solamente del actor, de la presencia en su seno, por ejemplo, de ideologías revolucionarias o anarquistas, o de su inmadurez e incapacidad para dotarse de un proyecto y de una definición clara de su adversario: esa evolución está también en función de sus adversarios y de quienes, generalmente, encuentra en su ruta. De esta forma, si el recuerdo más destacado de la manifestación de Génova (julio de 2001, muerto un joven militante en enfrentamientos con las fuerzas del orden), se debe tal vez a que en los enfrentamientos se encontraban algunos militantes anarquistas, y del gusto que han mostrado por la violencia los denominados *black blocks*. Pero la violencia es en primer término el resultado de la represión y del comportamiento de las fuerzas del orden, así como de la negligencia del poder político italiano³¹. Las manifestaciones posteriores en Liege, Gand, Bruselas, Barcelona, Madrid o Sevilla se desarrollaron sin incidentes, lo que refuerza la idea de que la violencia que se desató en Génova se originó no tanto por la actitud de los manifestantes como por la de las fuerzas represivas.

Más allá de la violencia en caliente en las manifestaciones, es necesario interrogarse profundamente acerca del espacio de la violencia en el seno del movimiento en las condiciones actuales del contexto geopolítico. Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 marcan en ese sentido un punto de inflexión y, tal vez, incluso inauguran una nueva era. A partir de ese momento, tomando en cuenta la importancia de la violencia terrorista, tanto como la amplitud de la respuesta estadounidense, apoyada por un amplio número de Estados del mundo, es necesario precisar que la época en que la economía parecía ser el único aspecto a tener en cuenta en la conducción del mundo, cede su lugar a partir de ese momento a la guerra y a las respuestas militares. Ya no será solamente la fuerza del dinero la que mandará, como pudo ocurrir a comienzos de la década de los 80, o incluso del 90, del siglo XX, sino que ahora aparece también la lógica guerrera, bien sea de origen estatal o terrorista. En estas circunstancias los movimientos históricos que antes favorecían la introducción de lo político en un universo dominado por la

³⁰ No obstante cf. MONTES, JEROME. Mouvements anti-mondialisation: la crise de la démocratie représentative. *Etudes internationales*. Vol. XXXII, No. 4, 2001, págs. 773-782.

³¹ Cf. PRIEUR, LUDOVICO et al. Genes. *Multitudes en marche contre l'Émpire*. Paris, ed. Reflex, 2002.

economía, corren el riesgo de ser desestabilizados y, en algunos de sus componentes, de ser conducidos al juego de las armas y de la violencia. ¿No se vio por ejemplo a José Bové en visita a Yasser Arafat en la primavera de 2002, como si su accionar debiera incluir dimensiones que seguramente no son las del enfrentamiento directo con la economía global y que no aportan nada a la politización del debate económico y social?

En pocas semanas, entre julio de 2001 con la manifestación de Génova, y septiembre de 2001 con los atentados al pentágono y al *World Trade Center*, la protesta contra la globalización entra en una nueva época, marcada de una parte por la tentación de la violencia y, de otra, por la tentación de tomar partido, al menos en el plano ideológico, en los conflictos armados. El peso de esta nueva circunstancia es considerable, tal como lo anota P. Ceri: “después de Génova el movimiento temía a la represión; después del *World Trade Center* en Nueva York teme a la guerra”³². Digámoslo de otra manera: la coyuntura de comienzos del siglo XXI es más favorable a la militarización que a la politización.

¿Movimiento social o movimiento histórico? Es prematuro proponer un juicio definitivo sobre la validez relativa de estas dos hipótesis principales sobre los movimientos de alterglobalización. De otra parte, estas dos hipótesis no son incompatibles y nada impide tomar a una y otra como herramientas analíticas que nos permitan analizar la conducta concreta de los actores; nada nos impide distinguir analíticamente las lógicas del movimiento social y las lógicas del movimiento histórico, o, si se prefiere, las lógicas que nos remiten al funcionamiento de nuestras sociedades y del planeta, así como a las relaciones sociales que las sustentan, que se expresan en los cambios políticos y en el desarrollo.

7. Las identidades culturales

Desde finales de la década de 1960 el aumento de los particularismos culturales lleva en el mundo entero al surgimiento de un sinnúmero de reclamaciones en el espacio público, muy a menudo en el espacio nacional, aunque no solamente en éste, puesto que algunas de esas reclamaciones, como por ejemplo las relacionadas con la esclavitud y el colonialismo, tal como fueron formuladas con ocasión de la conferencia de la ONU contra el racismo en Durban, Africa del Sur, en el 2001, se escenifican en una dimensión trans e internacional. Estas dimensiones culturales, siempre asociadas en menor o mayor proporción a desigualdades sociales, se encuentran en numerosos combates antiglobalización. En efecto, los actores frecuentemente ponen en primera línea una especificidad de tipo étnica, nacional,

³² Op. cit., pág. VIII.

religiosa, histórica, para rechazar la globalización a nombre de una cultura amenazada por la combinación de las fuerzas del mercado y de la cultura internacional de masas. Adicionalmente, sucede que estos movimientos demandan la autonomía para producir su propia vida cultural, para poder transformarse a sí mismos, para afirmar su identidad y su actividad creadora, para determinar su capacidad de producir sus propias evoluciones culturales sin ser manipulados o subordinados a las industrias culturales hegemónicas. Presentes también en el seno de las sociedades de los países del hemisferio Norte estas dimensiones identitarias no se limitan solamente a los países del hemisferio Sur, o a grupos cuyo conocimiento estaría más próximo de la etnología que de la sociología, pues no constituyen solamente el vestigio de culturas en proceso de desaparición debido a la modernización triunfante.

Estas reclamaciones son del orden de la producción y no sólo de la reproducción y de la resistencia. Desde este punto de vista, es necesario conceder la misma importancia al ya mencionado José Bové, esta vez por su *french touch*, que al subcomandante Marcos cuando recuerda el carácter indígena del movimiento zapatista, movimiento que a la luz de varios analistas constituye el punto de iniciación, o uno de los principales hitos, de la protesta contra la globalización neoliberal. Si no existe ninguna razón para solicitar de los actores de la alterglobalización no enarbolar la bandera de las diferencias culturales que puedan vincularse en sus combates, si es necesario alertarlos sobre los peligros que se desprenden de toda afirmación identitaria: los riesgos del comunitarismo, el integrismo o el sectarismo. Cuando las identidades culturales no son concebidas como espacios de creatividad y de invención, cuando no se presentan de esa manera y se limitan a poner en primer término la herencia del pasado y el sólo rechazo a la destrucción, casi no son capaces de proyectarse de manera dinámica e inventiva hacia el porvenir, y se constituyen en una fuerza regresiva para el movimiento al cual se integran y hace difícil que se integren a proyectos democráticos. Las identidades pueden reforzar bien sea a un movimiento social o a un movimiento político, aportando un anclaje en la experiencia vivida y en el imaginario de los actores, pero pueden también entrañar las peores desviaciones.

8. Anticapitalismo, anti-imperialismo y antiglobalización

El anticapitalismo

Las luchas antiglobalización se presentan como luchas anticapitalistas. En efecto estas son hostiles al carácter liberal, neoliberal, del capitalismo contemporáneo y su intención no es tanto la de terminar con el capitalismo, sino controlarlo y limitar sus aspectos más brutales, más devastadores. ATTAC, por ejemplo, se pronuncia en favor del impuesto Tobin, que en su intención contempla

penalizar los comportamientos especulativos, lo que conlleva de alguna manera a moralizar el capitalismo; esta medida no pretende terminar con el capitalismo, aunque para muchos de sus militantes el impuesto Tobin no es más que el primer paso, un grano de arena, que podría detener toda la maquinaria capitalista. De igual forma, numerosas asociaciones se movilizan para imponer transparencia en la vida económica, hacer frente a la corrupción, solicitar a los Estados ser más eficaces frente a la criminalidad o poner fin a los paraísos fiscales.

Al dotarse de objetivos razonables, buscando la regulación del capitalismo, los actores se refuerzan, al mismo tiempo que se debilitan. Se refuerzan en la medida en que pueden promover objetivos posibles, susceptibles de propiciar negociaciones, e incluso alianzas entre ellos y los responsables políticos en el contexto político internacional entre los Estados. Por ejemplo, es interesante constatar que el impuesto Tobin se ha convertido en un tema de debates políticos en diversos escenarios, a nivel nacional e internacional. Pero los actores se debilitan puesto que pierden lo que la crítica más radical al capitalismo puede significar como proyecto utópico o contraproyecto. A partir del momento en que, en efecto, los actores ejercen presión política o institucional, mucho más aun si no intentan introducir una ruptura radical con el capitalismo, no se trata más para ellos de abolirlo, no buscan definir un contraproyecto y diseñar con vigor una imagen de un mundo diferente que les sirva de horizonte. En el pasado el anticapitalismo se ha podido nutrir de esas perspectivas y dotarse de concepciones utópicas durante cerca de dos siglos, bien sea el comunismo o el socialismo. Pero con el derrumbe del comunismo, tanto al Este como al Oeste este tipo de utopías casi no dispone de un espacio de legitimidad que lo respalde. Los movimientos antiglobalización son hostiles al neoliberalismo, pero no es a través de un anticapitalismo radical que se puede encontrar el fundamento para formar un contraproyecto. ¿Y si no es así, dónde se puede encontrar ese fundamento?

Los actores alterglobalización sólo podrán alcanzar un alto nivel de su proyecto si buscan sus contraproyectos y sus utopías en un lugar distinto al de la abolición del capitalismo. Por supuesto que tienen muy buenas razones para moralizarlo y controlarlo, pero tienen todo por perder si se dejan dominar por las retóricas que reducen su acción a una lucha anticapitalista.

El anti-imperialismo

Ch. Johnson en una obra reciente ve en la palabra “globalización un término esotérico para designar lo que en el siglo XIX se denominaba simplemente imperialismo”³³. ¿La idea de globalización no enmascara en realidad una dominación bien localizada y que se resume en la noción de imperialismo? Las multinacionales por ejemplo, ¿no son ante todo estadounidenses; los principales centros de poder económico

³³ JOHNSON, CHALMERS. *The cost and consequences of American empire*. New York, Holt, 2000, pág. 205.

y político mundial no están localizados en los Estados Unidos; la cultura, el consumo y la comunicación de masas no operan bajo la hegemonía norteamericana?

La tentación de hacer de las luchas antiglobalización una acción ante todo anti-imperialista y anti-USA es real, pues esta es una dimensión de su accionar. De esta manera J. Galtung, importante activista e intelectual orgánico del pacifismo, pide que no se hable de globalización sino de americanización y de la dominación militar, política, económica y cultural de los Estados Unidos sobre el mundo. Galtung pide una globalización equitativa, que él considera que se puede lograr a través de las Naciones Unidas, para obtener la diversidad cultural y política³⁴.

Algunos actores y analistas incluso han hablado, en ciertos casos, de un combate contra la “recolonización”, del que la globalización sería la causa. De esta forma, en India se ha podido subrayar la continuidad de algunas luchas actuales con el movimiento de Gandhi, en cuanto a sus dimensiones anticolonialistas, aunque aproximándose al nacionalismo. La firma *Cargill*, en particular, ha sido cuestionada desde el momento en que recibió del gobierno de la India el derecho de explotar una mina de sal en la región de Kutch, precisamente uno de los puntos que Gandhi convirtió en uno de los principales desafíos en su lucha anticolonial.

La asociación de imperialismo y globalización a menudo se sugiere a propósito de la evocación del imperialismo mediático, con la idea del papel clave de los medios estadounidenses, comenzando con la todo poderosa CNN que se surgió a finales de la década de 1980, con motivo de la represión de la plaza de Tiananmen, en junio de 1989 y luego con la guerra del golfo³⁵. Este argumento considera que los flujos de comunicación provienen de los Estados Unidos, en donde son orientados a lograr el aumento del poder de los medios estadounidenses y, más aun, de la política y los negocios de ese país, en detrimento de la capacidad de los países dominados para producir su propia información. Una afirmación de ese tipo es demasiado simplista para poder ser aceptada, pues deja de lado el formidable crecimiento de algunos lugares de producción de las industrias culturales diferentes a las norteamericanas y cuyo impacto puede ser regional, a nivel de un continente o incluso transcontinental: el caso de México y Brasil para el caso del género de telenovelas, la India para el cine, Hong Kong, etc. Existen regiones que constituyen espacios “geolinguísticos”, según la expresión de J. Sinclair et al³⁶, que poseen centros de producción audiovisual. En el caso de las operaciones militares de Estados Unidos en Afganistán hemos visto la concurrencia de las emisiones de CNN con las de la cadena *Al Jazeera*. La tesis

³⁴ GALTUNG, JOHAN. Americanization versus globalization. En: Ben Rafael, Eliécer (ed.) *Identity, culture and globalization*. Boston, Köln, Brill, 2001, págs. 277-289.

³⁵ Cf. FRIEDLAND, LEWIS. *Covering the world*. Twentieth century Fund. 1992.

³⁶ SINCLAIR, JOHN *Peripheral visions* En: Sinclair, John et al (eds.) *New patterns in new television: peripheral vision*. Oxford, Oxford University Press, 1966.

del imperialismo mediático deja de lado los fenómenos de hibridación, de circulación y de cambio que hacen que los medios estadounidenses se impregnen de elementos culturales que importan, antes de, eventualmente, exportarlos nuevamente. La circulación de informaciones e imágenes seguramente no se reduce a un flujo en sentido único.

El debate sobre las dimensiones realmente imperialistas, e incluso colonialistas de lo que se denomina globalización es por supuesto interesante, pero el enfoque que hemos adoptado consiste en examinar aquello que esta dimensión aporta o cuesta a las luchas antiglobalización, cuando la constituyen en el centro de sus planteamientos. La respuesta es bastante simple: el anti-imperialismo transforma en lucha ideológica, hostil a los Estados Unidos, e incluso anti-estadounidense, un conjunto de protestas que, sin exonerar a ese país de sus responsabilidades, dejan de lado otros aspectos que no necesariamente ponen a ese país en el banquillo de los acusados. Bien sea que se trate de flujos financieros y de mercados, de la cultura y de las identidades, de las comunicaciones y de las redes, que se trate, de otra parte, de los lugares y de los actores cuyas decisiones ejercen una influencia económica y cultural sobre el mundo entero, el poder no está siempre localizado en los Estados Unidos, y cuando lo está, no es necesariamente reductible a la nación o al Estado. De otra parte, la conciencia de los actores comprometidos en sus luchas concretas sobre temas específicos, es a menudo extraña a un cuestionamiento unívoco y sistemático de ese país, de donde, por cierto proviene un buen número de los militantes, las organizaciones y los recursos para la acción antiglobalización.

El análisis de los intercambios y los cambios culturales en el planeta impide señalar un rol único para los Estados Unidos; en este asunto es mejor seguir a un antropólogo como A. Appadurai cuando muestra como en todo el mundo se inventan identidades y formas culturales que provienen de un flujo del que los Estados Unidos puede ser el receptáculo y del cual no necesariamente poseen la iniciativa³⁷.

El anti-imperialismo construye de manera artificial un enemigo único de las luchas, los Estados Unidos, politiza e ideologiza la acción impidiéndole definir problemas y retos que no serían reductibles. Finalmente, esta posición propone una opción que cierra las posibilidades a todo debate. En cambio de proponer a los actores involucrarse en un vasto conjunto de problemas en los que se libran diversas formas de dominación, de exclusión, de alineación y de negación de la subjetividad personal, el anti-imperialismo los invita a librar un combate necesariamente político contra la superpotencia americana. Para que la acción antiglobalización pueda definir los retos que le son propios, en términos sociales, culturales, ambientales, etc., tanto como en términos políticos, debe

³⁷ APPADURAI, ARJUN. *Après la colonisation. Les conséquences culturelles de la globalisation*. Paris, Payot, 2001. (N. del T. Existe versión castellana).

evitar dejarse invadir por una temática que haría de los Estados Unidos la única fuente de las desgracias del planeta.

9. Tres desviaciones

Al examinar los problemas relacionados con las identidades culturales o la influencia de las ideologías anticapitalistas y anti-imperialistas, hemos puesto el énfasis sobre las dificultades o los riesgos que pueden alejar las luchas alterglobalización de los niveles más elevados de su proyecto. Ahora ha llegado el momento de examinar de manera más sistemática esos riesgos y esas dificultades.

Bien sea que las luchas contra la globalización tiendan a convertirse en movimientos sociales o en movimientos políticos, estas luchas llevan necesariamente en si mismas una carga de protesta crítica; para fundamentar solidamente sus protestas en argumento racionales son capaces de movilizar conocimientos, competencias y experiencias de toda clase de campos: tecnológico, científico, jurídico, económico, etc. Estas luchas serán mas perdurables si sus actores pueden reclamar una identidad, bien sea cultural, social u otra. Estas tres dimensiones (crítica, experiencia e identidad) son indispensables para la acción, a condición de estar articuladas en un proyecto que las supera, aun si se limita a un desafío preciso, o a un problema circunscrito.

Pero, a menudo el peligro de la autonomización de alguna de estas tres dimensiones acecha a los actores, al convertirlas en un propósito de tipo político o ideológico.

50 a) El fenómeno más espectacular corresponde al izquierdismo aunado al pensamiento hipercrítico. Cuando la movilización se presenta como una simple denuncia, una pura denuncia del sistema o de alguno de sus elementos, cuando todo aquello que sucede con ella suscita la sospecha y la calumnia y se evita cualquier intento de construir una relación de confrontación con el antagonista, esto significa que el movimiento se encierra en su propia lógica de rechazo, de ruptura con cualquier posición de negociación, de cualquier esfuerzo para contribuir a cambios graduales, a reformas, a una mayor participación en los debates y las reflexiones sobre lo que se quiere cambiar. El pensamiento hipercrítico desemboca de esta forma en dos perversiones. De una parte paraliza los esfuerzos del actor para construirse de una manera distinta a la de una fuerza de rechazo, impidiendo convertirse en un contraproyecto, como un elemento susceptible de construir una relación conflictiva con un adversario. De otra parte, de manera complementaria, en sus variantes más extremas esa posición conduce a considerar a los actores como no-actores, es decir, alienados e incapaces de pensar por sí mismos y reflexionar en torno a la dominación de la que es necesario sacudirse, o la exclusión de la que se trata de terminar.

b) Alejados del pensamiento hipercrítico, la lógica de los expertos, en la medida en que se libra a ella misma, ejerce una fuerte influencia sobre la acción y puede conducir a su debilitamiento. Las organizaciones antiglobalización no cesan de dotarse de toda suerte de conocimiento de expertos, observatorios, centros de documentación, etc. Estos servicios tienen la capacidad de analizar racionalmente los problemas que se les sugieren y desplegar argumentos sólidos para hacer contrapropuestas frente a los proyectos que se critican. Estas organizaciones no dejan a sus adversarios el monopolio de la razón y de la ciencia. Pero cuando se convierten en fuerzas de modernización, o instancias de elaboración de programas, tienden a constituirse en elites hiperinstitucionalizadas, en organizaciones de contraexpertos cuyos miembros no son muy diferentes de los expertos que actúan en las esferas oficiales, gubernamentales o supranacionales, como el FMI o el Banco Mundial.

De esta forma estas organizaciones tienden a perder su contenido de protesta, su capacidad para movilizar las bases, a cambio de su participación en los juegos institucionales donde se contrastan los argumentos y los proyectos, aunque sin mucha conflictualidad. Esta tendencia es aun más perniciosa cuando importantes recursos son puestos a disposición de las ONGs, incluso cuando están comprometidas en luchas contra la globalización, recursos que son dispensados por instituciones como las antes mencionadas, pero también por otras como la UNESCO, Naciones Unidas etc.; ahora bien, estos recursos a menudo alimentan redes o centros destinados a fundar una red de expertos alrededor de las ONGs.

Las Naciones Unidas y sus agencias, en efecto han aprendido desde hace mucho tiempo a integrar las ONGs institucionalizadas en su funcionamiento. Se les concede a millares de ellas un "status consultivo" (*consultative status*), les confieren un papel muy activo en sus programas; un caso extremo es el del programa UNAIDS, porque las ONGs institucionalizadas son ubicadas en sus mismos órganos de dirección, aunque evidentemente se trata de un caso excepcional. Luego de las grandes conferencias de las Naciones Unidas, por ejemplo en el contexto del decenio de las mujeres (1975-1985) o en 1995 en Pekín; en el caso del medio ambiente, como por ejemplo, en la cumbre de la tierra en Río de Janeiro en 1992 y luego en Kyoto, fueron organizadas conferencias paralelas por las ONGs, institucionalizadas o no. Todos estos elementos juegan a favor de un reforzamiento de las tendencias representadas por el conocimiento de los/as expertos/as al interior de los movimientos implicados y constituye, por tanto, una cierta institucionalización precoz y una disolución de su capacidad de conflictualización. Todo lo anterior puede igualmente favorecer una radicalización semejante a la desviación anterior, la del pensamiento hipercrítico, como se constató en el caso de la Conferencia contra el racismo en Durban (2001). De esta forma esta influencia puede autorizar la manipulación por los centros de poder, estatales o económicos,

cuando crean o controlan las ONGs que solo son, entonces, un instrumento para mantener sus intereses.

c) Una tercera desviación amenaza los movimientos antiglobalización: la tendencia al encerramiento identitario. Es necesario insistir sobre éste pues es improbable que se desarrollen en el futuro luchas alejadas de una referencia identitaria, aunque este tipo de referencia, cuando se exagera y domina la acción, se devuelve en contra del proyecto de participar en la lucha global al interior de la globalización. El surgimiento de las identidades lleva muy pronto, en esta perspectiva, a la fragmentación y a la violencia: guerra civil, purificación étnica, *djibads* (guerras santas del Islam N. del T.) de todo género etc. El comunitarismo, el integristismo, el sectarismo, el totalitarismo, esas grandes corrientes que se escenifican en nuestra época, producen, en los casos extremos, actores encerrados en su identidad, invocando la pureza de raza o la homogeneidad y adelantando un combate particularista, sin verdadero contenido universal, que tiende a convertirse en un anti-movimiento social. No obstante, es verdad que muchos actores van en un sentido contrario, refiriéndose a sí mismos en términos de ciudadanía de un nuevo tipo, buscando aparecer como ciudadanos que reprochan a los políticos, en especial a los grandes políticos, de confiscar el poder. Estos actores buscan una democracia más participativa y consideran que encarnan a la sociedad civil y, de esta manera, encuentran su identidad en el proceso de reconstrucción de la democracia desde la base; en esas condiciones se puede comprender la importancia simbólica de Porto Alegre como lugar de reencuentro en dos oportunidades (2000 y luego 2001), porque esta ciudad es conocida en el mundo entero precisamente por experimentar formas nuevas de democracia local³⁸.

De esta forma los actores de las luchas antiglobalización corren el riesgo de caer en alguna de estas tres desviaciones. La primera es la de la radicalización que reemplaza el conflicto por la ruptura y se encierra en la postura hipercrítica de la sospecha, de la denuncia y de la supuesta alienación de las víctimas. La segunda se inscribe en la tendencia de los expertos, en la que el conflicto se disuelve. La tercera, finalmente, lleva a diversas formas de refugio identitario que transforma la acción en anti-movimiento, no pudiendo actuar hacia el exterior más que por medio de la violencia. Una condición decisiva para que se formen en el futuro poderosos movimientos, en sus dimensiones históricas y sociales, es que cada una de estas desviaciones se eviten por todos los medios, entendiendo que es imposible evitar enfrentar su aparición. Las luchas contra la globalización son necesariamente críticas, pues ponen en cuestionamiento posiciones adquiridas, formas de dominación y de exclusión que deben ser puestas en evidencia y denunciadas. Estos

³⁸ Cf. GRET, MARION y SINTOMER, YVES. *Porto Alegre: l'espoir d'une autre démocratie*. Paris, La découverte, 2002; Hassoun, Martine. *Porto Alegre: voyage a une alternative*. Paris, Syllepse, 2001.

movimientos requieren de científicos, juristas y especialistas que le aporten en el terreno de las armas de la razón. Estos movimientos están llamados a poner en primer plano las identidades, las pertenencias culturales que resisten a la lenta extinción, a la perversión o al empobrecimiento por acción de las fuerzas del mercado y del neoliberalismo. Pero ninguna de estas tres dimensiones aisladas podría definir el meollo de la acción, ninguna en sí misma puede sustituir a la elaboración de un proyecto de futuro, ninguna puede definir un desafío positivo, ninguna permite poner en vigor una relación social o política. Cada una no puede jugar más que un rol complementario, aunque aparezca a los ojos de los actores como un elemento muy poderoso.

10. El terrorismo global

Sería profundamente injusto ver en las luchas contra la globalización liberal un tipo cualquiera de anti-movimiento social o movimiento histórico. Por lo menos convendría ser sensible a las desviaciones que los aleja de un movimiento social conformado, o de un movimiento histórico capaz de “reencantar” la política y conferirle la impresión de combates que la aproximen a un gran rechazo anti-sistémico.

No obstante, la globalización define en muchos aspectos el enemigo, el reto y el contexto de verdaderos anti-movimientos, comenzando por el terrorismo que se manifestó de manera evidente el 11 de septiembre de 2001. Ese día, en efecto, el fenómeno terrorista entra de manera espectacular en una nueva fase de su historia, al mismo tiempo que el mundo entero entra en una nueva era. Ahora ya no concebimos al planeta como antes de este suceso inaugural (un suceso que por lo demás no sabemos denominar más que como “el 11 de septiembre”). Desde el punto de vista que nos interesa aquí lo esencial es que el terrorismo se ha expresado como un anti-movimiento global, invirtiendo varios de los significados más importantes que se desprenden de la luchas contra la globalización liberal. El terrorismo a menudo está cargado de un anti-movimiento y con frecuencia éste ha sido internacional³⁹. En la actualidad este fenómeno adopta una dimensión diferente a la internacional: es global. Ya no asistimos a la violencia extrema, incluso internacional, de los años 70 y 80 del siglo XX, que se mantenía confinada en los límites que le imponía la guerra fría y que por lo general reclamaba la causa palestina. No es incluso el terrorismo de los años 80 y 90 del siglo pasado, dominado por el islamismo, que anuncia y prepara el actual pero que no obstante se distingue en varios aspectos.

³⁹ Permítaseme remitir a mis libros *Sociétés et terrorisme*. Paris, Fayard, 1989; *Face au terrorisme*. Paris, LIANA LEVI, 1995 y, sobre el terrorismo global mi artículo *Terrorisme. Ramses*. Paris, Dunod, 2003, Págs. 29-42.

Con los actos que se le imputan a Ben Laden y a su organización, no sólo conocida desde hace varios años por los especialistas, sino también por los medios de comunicación, el terrorismo ha salido del contexto de la cuestión nacional y, de manera más amplia, del contexto geopolítico tal como lo entendían los actores terroristas del pasado. Se convierte en un fenómeno global, en un sentido semejante al de la economía globalizada y se constituye en sí mismo en una crítica a la globalización, lo que trae consecuencias inesperadas para los protagonistas de los combates que también la ponen en cuestionamiento, a pesar de que no tengan nada que ver con el uso de la violencia ciega y sanguinaria.

En su origen el islamismo radical fusionaba la protesta social de los pobres, los desheredados y en particular de los campesinos sin tierra; así como, la movilización de capas medias piadosas y la de los intelectuales musulmanes para quienes la política y la religión son indisociables. Incluía personas formadas, médicos, técnicos, ingenieros, que no nos debe sorprender verlos en la actualidad formando parte de esa red terrorista. Se inscribía en un contexto estatal, social y nacional (Irán, Argelia, etc.) y ponía en cuestionamiento a distintos regímenes políticos. Si sus actores no se encerraban en los límites del Estado-nación en donde se formaron originalmente, por lo general funcionaban en un perímetro regional, por ejemplo, Irán, Siria, Líbano. Como en el periodo anterior en el que el terrorismo estuvo dominado por las referencias a la causa palestina, los primeros protagonistas del islamismo radical y sanguinario han sido habitualmente ligados o entronizados en un Estado “*sponsor*”, que con frecuencia le asignaba tareas que no podía delegar a sus servicios diplomáticos o a su ejército oficial. Pero con Ben Laden se trata de un fenómeno diferente, que funciona en forma de red, o probablemente en forma de red de redes sin una ubicación nacional precisa, sin que se puedan identificar con una determinada base o capa social: los desarraigados provenientes de diversos países árabes o musulmanes para entrenarse en los campos militares de Afganistán, así como las elites ilustradas que cometieron el atentado del 11 de septiembre de 2001 no se definen por un proyecto político de su propio país, o sólo de manera secundaria, sino por su compromiso con un combate planetario, que sería artificial explicar por los orígenes sociales y nacionales de unos y otros. Estos son los verdaderos actores globalizados y su violencia no se inscribe en un espacio político en el que se pueda negociar. Ellos son metapolíticos, guerreros y terroristas.

Estos terroristas son aun más globales puesto que saben utilizar la internet y las modernas tecnologías de la comunicación y están integrados al capitalismo financiero más “*in*”, al extremo que existe la sospecha de que han preparado sus actos y realizado sus beneficios en la bolsa de valores en lo que se llama un “delito de iniciado”. Saben perfectamente conectar y desconectar sus redes en lo que se ha denominado “redes dormidas” y si tomaron como base a Afganistán no fue para ser los mercenarios de un Estado-patrocinador, como ocurrió en otras épocas con

otros grupos terroristas, sino para sacar provecho de un Estado inexistente en la esfera internacional y donde eran más que protegidos: eran bienvenidos. En estas circunstancias es difícil apreciar sus cálculos políticos y geopolíticos; al contrario de lo que ocurría con el terrorismo en los años anteriores, no dejan conocer reivindicaciones claras que daría a su accionar una dimensión instrumental. Tampoco expresan solicitudes políticas negociables, ni siquiera un proyecto que tenga un mínimo de realismo, como ha sido el caso cuando algunos grupos que se reclaman a favor de la causa palestina tomaron como principal objetivo impedir cualquier negociación negociada entre Israel y la Organización para la liberación de Palestina, O.L.P.

Este terrorismo global, altamente flexible, también posee implicaciones geopolíticas directas. Son profundamente antisionistas y antisemitas, así como antiestadounidenses y sin dejar de lado los temas relacionados con el conflicto entre Israel y Palestina, sin dejar el odio hacia los judíos, también sostiene otros intereses, como por ejemplo, su interés por los conflictos del subcontinente indio. De esta forma se configura la imagen de las violencias internacionales que no están centradas esencialmente en el Oriente próximo, sino la de un planeta multipolar en el que los conflictos parecen ubicarse en diferentes nodos. La fragmentación del mundo ya no es más la que diseñó la guerra fría y aparecen múltiples líneas de fracturación, actuales o potenciales, algunas de las cuales son imprevistas o nuevas, bien sea al interior de algunos países como Argelia o Arabia Saudita por ejemplo, o bien entre Estados y esta desestructuración política y geopolítica puede ser activada por sectas u organizaciones terroristas que poseen una capacidad de ataque desproporcionada.

De otra parte, el terrorismo global lleva hasta el extremo una lógica mediática que sus predecesores sólo habían esbozado y que presenta una doble característica: produce espectáculo, -y que espectáculo!-, superior a todo lo que Hollywood ha podido imaginar en este género, al mismo tiempo que produce, si pudiera decirse así, un anti-espectáculo caracterizado por un vacío absoluto; fuera de las imágenes de archivo no vemos a los terroristas y sólo podemos imaginar sus procedimientos, sus encuentros, sus discusiones internas, o proceder a evaluaciones acerca de sus cálculos y sus estrategias por venir. En materia de medios de comunicaciones nos encontramos respecto de este fenómeno en el desbordamiento y en la ausencia al mismo tiempo, en increíbles escenarios, dignos de los mejores actores de ciencia ficción y al mismo tiempo en la ausencia de datos fiables.

Por último, el terrorismo global reposa sobre una concepción del martirio hasta ahora inédita. En la guerra de Irak contra Irán los jóvenes martires, los *bassidjis*, acciones del *Hezbollah* libanés y, más recientemente, atentados perpetrados por jóvenes palestinos que se sacrifican para contribuir a su manera a la segunda *intifada*. El islamismo tiene ya una larga historia de combinación de orientaciones que son al mismo tiempo destructoras y suicidas. Los terroristas del 11 de septiembre de 2001 no actuaron en caliente, al calor de una revuelta, de la

revolución o de la guerra, a partir de una experiencia vivida en medio de la miseria y del abandono, o bajo la presión constante de un pueblo o de una comunidad; su desespero había tenido el tiempo de enfriarse y su rabia se transformó en estrategia. Se trataba de individuos separados de su lugar de origen y de los campos de entrenamiento militar, que poseían educación y conocimiento moderno que los acercaba a la cultura occidental, incluso conviviendo con familias de los Estados Unidos o de Europa. Organizados, determinados y planificados con mucho tiempo de anticipación, su violencia mortífera es tal vez de lo más misterioso que existe en este importante evento.

Es evidente de que forma este fenómeno interpela a los actores de la alterglobalización. En efecto, el terrorismo propone una figura que en muchos aspectos es la inversa de los términos de su combate, retomando algunas de sus categoría más importantes. Denuncia a los Estados Unidos, al que le atribuye el mal absoluto, lo que coloca a los militantes estadounidenses de la lucha contra la globalización, más que a cualquier otro grupo, en una posición insostenible. ¿Acaso se trata de traidores a su patria, ciegos a la violencia destructora que la ataca, si participan en las manifestaciones que critican a los Estados Unidos y su poder político y económico? El terrorismo global también funciona en forma de red, toma al *World Trade Center* como símbolo de la globalización económica y máxima expresión el capitalismo moderno. Pero, de otro lado, el terrorismo rechaza cualquier debate e incluso cualquier reivindicación explícita y lleva al extremo la lógica de la guerra en detrimento de la política y, aun más, de cualquier reivindicación social o cultural.

Desde una perspectiva más amplia el terrorismo actual puede ser el equivalente de lo que fue el terrorismo anarquista de los años 1892-1894 en Francia: el mensaje vacío, sanguinario, expresando como anti-movimiento lo que posteriormente sería un importante movimiento social, a saber, el movimiento obrero. Hasta ahora el mundo árabe-musulmán ha permanecido al margen de las luchas contra la globalización, aun si algunos eventos se han llevado a cabo, por ejemplo, en Beirut en noviembre de 2001, o si la 4ª. Conferencia islámica general de la Liga islámica mundial (abril de 2002, en la Meca, Arabia Saudita) tuvo por tema “La nación islámica y la globalización”. Pero se puede pensar que el islám es hoy más moderno, o que se ubica en la modernidad y que el terrorismo de Ben Laden es uno de los signos precursores de esta modernidad creciente, que, tarde o temprano, verá construir movimientos alterglobalización al interior de las sociedades musulmanas, o reivindicado por grupos islamistas, aunque el camino que lleve del anti-movimiento al movimiento se anuncie largo y caótico.

En estas condiciones la escena de la protesta mundial contiene actores que se expresan en diversas direcciones; unos representan el nacimiento de un movimiento

por lo pronto mal definido y en muchos sentidos en riesgo de caer en desviaciones, los otros la entrada en una nueva era en la que se presentan bajo la forma de un anti-movimiento. La sociología no tiene vocación para formular previsiones o predicciones, pero cómo no preguntarse si será posible que a medida que las luchas contra la globalización liberal se construyen para imponer gracias a sus protestas algunas reformas políticas, formas de regulación de la vida económica, internacionales, regionales (al interior de Europa, por ejemplo) y locales, a medida que esto suceda, ¿más se podrán movilizar actores que provienen de los países del hemisferio Sur, intención que se puso en evidencia en el I y II foro de Porto Alegre (sobre todo en el II que se llevó a cabo en enero de 2001)?, y ¿entre más se alejen estos movimientos de sus pecados de juventud, cerrarán espacios a la violencia e incluso al terrorismo, en el seno de sus bases e incluso de sus intelectuales?

Traducción de J.E. GONZÁLEZ, con autorización del autor.
Publicado originalmente en: WIEVIORKA, M. (dir.) *Un autre monde est possible. Contestations, dérives et surprises dans l'anti mondialisation*. Paris, Balland, 2003.

Referencias

- APPADURAI, ARJUN. *Après le colonialisme. Les conséquences culturelles de la globalisation*. Paris: Payot, 2001.
- BOURDIEU, PIERRE. *La domination masculine*. Paris: Seuil, 1998.
- BRAUDEL, FERNAND. *Civilisation matérielle, économie et capitalisme: 15^e-18^e siècle. Vol. III. Le temps du monde. Paris: Livre de poche, 1979*.
- Brunel, Sylvie. "ONG et mondialization". In: *Cahiers français*, No. 305, 2001.
- CASTELLS, MANUEL. *L'ère de l'information, I*. Paris: Fayard, 1998.
- CASTELLS, MANUEL. *La galaxie internet*. Paris: Fayard, 2001.
- CERI, PAOLO. *Movimenti globali. La protesta nel XXI secolo*. Roma: Laterza, 2002.
- CHARNOVITZ, STEVE. "Les ONG: deux siècles et demi de mobilisation". In: *L'économie politique*. No. 13, 2002.
- COHEN, DANIEL. "Que faire de l'antimondialisation?". In: *Le monde*, 6 de septiembere de 2001.
- COHEN, ELIE. *La tentation hexagonale: la souveraineté à l'épreuve de la mondialisation*. Paris: Fayard, 1996.
- COHEN, ELIE. *L'ordre économique mondial: essai sur l'autorité de régulation*. Paris: Fayard, 2001.
- FRIEDLAND, LEWIS. *Covering the world. Twenty century fund*, 1992.
- Galtung, Johan. "Americanization versus globalization". In: BEN RAFAEL, Eliezer (ed.) *Identity, culture and globalization*. Boston, Koln, 1996
- GOLE, NILUFER. "Snapshots on islamic modernities" In: *Daedalus*, Vol. 129, No. 1, 2000.
- GRET, MARION; SINTOMER, YVES. *Porto Alegre: l'espoir d'une autre démocratie*. Paris: La Decouverte, 2002.
- HASSOUN, MARTINE. *Porto Alegre: voyage en alternative*. Paris, Syllepse, 2001.
- HUNTINGTON, SAMUEL. *Le choc des civilisations*. Paris, Odile Jacob, 1997.
- JOHNSON, CHALMERS. *Blowback: The cost and consequences of American empire*. New York: Holt, 2000.
- KARLINER, JOSHUA. "Grassroots globalisation: reclaiming the blue planet". In: LECHNER, KRANK y BOLI, JOHN. (edts.) *The globalisation reader*. Oxford: Blackwell publishers, 2000.
- KLEIN, NAOMI. *No logo*. Londres: Flamingo, 2000.
- LOSSON, CHRISTIAN y QUINIO, PAUL. *Génération Seattle: les rebelles de la mondialisation*. Paris: Grasset, 2002.
- MARTUCCELLI, DANILO. *Dominations ordinaires*. Paris: Balland, 2001.
- MONTES, JEROME. "Mouvements anti-mondialisation: la crise de la démocratie représentative". *Études internationales*. Vol. XXXII, No. 4, 2001.
- NEDERVEEN PIETERSE, JAN. "Globalisation as hybridization". In: Featherstone, M. et al (edts.) *Global modernities*. Londres: Sage, 1995.
- NEGRI, ANTONIO y HARDT, MICHAEL. *Empire*. Paris, Exil, 2000.

PERALDI, MICHEL, (ed.) *Cabas et containers*. Paris: Maissoneuve, 2001.

POUPEAU, FRANCK. "La contestation de la mondialisation en France". *Année sociale*. Paris: 2002.

PLEYERS, GEOFFREY. *L'esprit de Porto Alegre, un mouvement contestataire dans la société informationnelle*. Memoria de D.E.A., inédita, Paris: E.H.E.S.S., 2001.

POULIGNY, BÉATRICE. (dir.) "Une société civile internationale". In: *Critique internationale*. No. 13, 2001.

PRIEUR, LUDOVICO et al *Genes: Multitudes en marche contre l'Empire*. Reflex, 2002.

RUANO-BORBALAN, JEAN-CLAUDE. "La société civile mondiale: Mythes et réalités". In: *Sciences Humaines*, No. 130, 2002.

SENNET, RICHARD. *The corrosion of character : The personal consequences of work in the new capitalism*. New York, London: Norton and Co., 1998.

SINCLAIR, JOHN; JACK, ELIZABETH; CUNNINGHAM, STUART. "Peripheral visions". In: SINCLAIR, J. et al (eds.) *New patterns in global television: peripheral visions*. Oxford: Oxford univ. press, 1966.

SOMMIER, ISABELLE. *Les nouveaux mouvements contestataires a l'heure de la mondialisation*. Paris: Flammarion, 2001.

STIGLITZ, JOSEPH. *La grande désillusion*. Paris: Fayard, 2001.

TARRIUS, ALAIN. *La mondialisation par le bas*. Paris: Balland, 2002.

TOURAINÉ, ALAIN, WIEVIORKA, MICHEL, DUBET, FRANCOIS. *Le mouvement ouvrier*. Paris: Fayard, 1984.

TOURAINÉ, ALAIN. et al. *Le grand refus*. Paris, Fayard, 1996.

TOURAINÉ, ALAIN. *Comment sortir du libéralisme*. Paris, Fayard, 1999.

TRINH, SYLVAINE. "Aum shinrikyo: secte et violence". In: WIEVIORKA, MICHEL (dir.) *Cultures et conflits. Numéro especial: Un nouveau paradigme de la violence*. 1998.

WALLERSTEIN, IMMANUEL. *The modern world system: capitalist agriculture and the origins of the European world economy in the sixteenth century*. New York: Academic press.

WIEVIORKA, MICHEL. *Sociétés et terrorisme*. Paris, Fayard, 1989.

WIEVIORKA, MICHEL. *Face au terrorisme*. Paris: Liana Lévi, 1995.

WIEVIORKA, MICHEL. "Sociologie postclassique ou déclin de la sociologie", In: *Cahiers internationaux de sociologie*, Vol. CVIII, 2000.

WIEVIORKA, MICHEL "Terrorismes". *Ramses*. Paris: Dunod, 2003.

Michel Wieviorka
Sociólogo

Director del Centro de Análisis e Intervención Sociológica CADIS.
Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales EHESS, Paris, Francia.

E-Mail: wiev@ehess.fr